

El otro déficit

Mariano Calle

Miembro del Instituto E. Mounier.

La reducción del déficit público es una de las prioridades en la carrera cerrada que se mantiene hacia Maastrich. PIB, deuda externa, tipos de interés, IPC y el comercio externo son los parámetros que maneja hoy la economía para orientarlos a una reducción máxima del déficit público.

En aras del progresismo y del mundo industrializado, todas las economías de los llamados «niños bonitos» (o grupo de los quince) fijan su mirada hacia un mayor control del gasto público y una economía más «saneada». La pregunta del millón bien pudiera ser: ¿A qué precio? Todo este follón ¿a quién beneficia?, ¿a quién perjudica?

Es evidente que los medios y el potencial económico están en manos de los miembros de la Unión Europea, Japón y USA. También parece evidente que, cuando estos países hacen un guiño en un sentido u otro, se ven afectados muchos otros países del mal llamado Tercer Mundo.

Se trata, pues, de un problema de manejo y control de la riqueza. De economías fuertes que controlan los mercados y de otras economías que sobreviven de las migajas que desechan por sobreabundancia las primeras. Subdesarrollo y desarrollo son las dos caras de la misma moneda.

En Occidente, hay que reconocer que se han conseguido sociedades del bienestar casi inimaginables hace unas decenas de años. Sin ir

más lejos hay quien afirma que España se encuentra ya en estos momentos en la frontera de la séptima potencia mundial. Sólo hay una «pequeña» objeción a este maravilloso avance social, y son alrededor de 1.300 millones de pobres en el mundo doblándose las desigualdades entre países pobres y ricos en los últimos 50 años. El subdesarrollo de muchos es de esta forma la consecuencia del desarrollo de pocos. Un producto de la riqueza ajena. Una situación moderna sin precedentes, y no la etapa previa al desarrollo como muchos quieren hacer creer. José Luis Sampedro define así el subdesarrollo: «*Situación de pobreza marginada y permanente, segregada por el desarrollo en que vive la mayor parte de la Humanidad, sin perspectivas de evolución espontánea favorable mientras persista su subordinación dentro del sistema*».

Uno de los resultados de esta situación es la oleada de emigraciones de países del sur hacia el norte. Hay quien esto lo ve como una invasión tercermundista y como una seria amenaza a la identidad del propio pueblo «invadido». Es decir que la Coca Cola, las hamburguesas, los vaqueros, las series americanas, las pizzas, etc. no suponen ningún tipo de injerencia en la cultura española, a pesar de estar omnipresentes en todos los hogares españoles, y la oleada de inmigrantes e indigentes supone una seria amenaza a nuestra «rica» cultura y

a nuestro futuro de identidad. Y es que no hay más grave dependencia que la colonización mental a la que estamos sometidos.

Yo creía que el pluralismo tanto de idioma, como de cultura, religión, etc., son elementos enriquecedores en una sociedad que quiere permanecer en permanente diálogo y crecer como fruto de éste. La gloria y la idiosincracia de los pueblos viejos ha avanzado históricamente más cuanto más diálogo ha habido con otras culturas. Y sobre todo, ha elevado más la dignidad de los pueblos cuando este contacto con otros pueblos ha supuesto una comunicación intercultural y un intercambio de valores.

Se afirma que Europa ha hecho mucho y bien por el mundo y en el mundo; pero se quiere ocultar que todo esto que Europa ha hecho habría sido irrealizable sin los recursos del Tercer Mundo, sin haber invadido territorios fuera de la cultura europea, sin haber eliminado de un plumazo culturas tan dignas y respetables como la propia, sin haber dejado que pueblos enteros se autodestruyan por intereses económicos del norte. La riqueza material acumulada en una pequeña parte del mundo es el fruto de una explotación intensiva de las riquezas naturales del mundo pobre.

Nosotros, los europeos, nos comportamos como hormigas ciegas y modeladas por el sistema, cuyo afán es solamente el ganar cada día el dinero que más tarde

nos extraerán los sesudos expertos en marketing mediante anestias más o menos afanasas, o la diosa Hacienda para fines como el *Avión de Combate Europeo*.

Efectivamente es muy probable que España esté rondando ese «glorioso» séptimo lugar en potencial económico mundial; pero no olvidemos que de alguna forma estamos siendo cómplices del «efecto secundario» que esto produce en tiempo real en otros puntos del planeta. Se es igualmente responsable por acción como por omisión. Porque la omisión y el dar la espalda a este alejamiento norte-sur es el peor de los ataques que se puede hacer contra los más débiles. No vale después, a toro pasado, cuando la catástrofe está haciendo correr ríos de sangre, promocionar la limosna de campañas de alimentos y ropas, y decir que somos un pueblo «solidario» donde los haya. Somos un pueblo solidario cuando al poder le interesa que seamos solidarios, cuando las cadenas de televisión venden y ganan cotas de audiencia insospechadas con imágenes de dolor ajenas; pero sin revertir un solo duro de la publicidad insertada, en los que padecen esta angustia del dolor.

Si de veras estamos entre los países más «desarrollados» más «cultos» y más «civilizados» debería primar en nuestros planes políticos la participación democrática (y no la democracia de los cinco minutos del voto), la defensa del bien común (y no la competitividad salvaje que crea enfrentamientos entre economías vencedoras y derrotadas), las conciencias individuales responsables (y no las conciencias dirigidas y manipuladas), la defen-

sa de la dignidad de la persona, y sobre todo debería primar el ambiente de una cultura de la participación activa en la construcción del futuro de una Historia ahora en manos de los poderes económicos encargados de marcar las directrices del adormecimiento, cuyo resultado es un pueblo sedado por el poder adquisitivo consumista y egocéntrico.

El haber cubierto casi de forma satisfactoria (con las cifras económicamente frías en la mano) las necesidades materiales mas perentorias de gran parte de nuestra sociedad (sin olvidar que también crece la población de marginados de forma importante) no significa que el ciudadano de nuestra comunidad sea definitivamente feliz, por la sencilla razón de que somos algo más que cumplimiento de requisitos materiales. Anhelamos algo más que a tener suerte en la Bono-loto o los Ciegos. Aspiramos, sencillamente, a lo que el hombre históricamente ha soñado, que no es otra cosa que la felicidad. Porque, en definitiva, de lo que se trata es de Vivir y no solo de producir y consumir.

La convergencia hacia los requisitos de la felicidad no son prioritariamente económicos, ni se encuentran en posturas pasivas donde se deja correr el curso de las aguas sucias y sangrientas de nuestro planeta, ni tampoco se pueden encontrar en la mirada polarizada hacia nuestro entorno de sociedad de bienestar. No se puede, sencillamente, ser feliz, dando la espalda al otro lado del Globo, en un momento histórico donde no existen barreras de comunicación, y donde la globalización de la política y de la

economía es un hecho cada vez más fuerte.

Así pues, una vez casi superado el déficit público, luchemos por rebajar el gran «Déficit Público» en el que nos encontramos inmersos. Y solo hay una vía de lucha, que no es otra que la de descontaminarnos de mensajes que hacen el juego al sistema de mercado establecido de forma interesada, y concienciarnos de forma personal de la situación desequilibrada de esta aldea global en la que vivimos para, en segundo lugar, optar por la acción que más sintonice con nuestra conciencia. Desde luego una cosa esta clara: el modelo actual de desarrollo de Occidente no puede ser la solución al problema, por la sencilla razón de que es en gran parte este modelo occidental el causante del subdesarrollo existente. No podemos esperar de ningún gobierno en el poder, la reforma profunda de sí mismo y la renuncia a sus privilegios. Además, los problemas de los pobres no pueden entenderse bien si los intentamos separar de los ricos.

La Ley del mundo «desarrollado» es la ley del mercado y el mercado solo entiende de dinero, sin atender a otras razones o valores como la dignidad de la persona o la destrucción del entorno en que vivimos.

Cada uno de nosotros tenemos el deber de buscar esa Ley, dentro de nuestros corazones, que consiga reconciliarnos con los que nos rodean dentro y fuera de nuestras fronteras, y que nos haga tomar conciencia de la situación de globalización económica en que se mueve el mundo a las puertas del tercer milenio.